

# Presentación

Esta nueva entrega del *Boletín* contiene cuatro interesantes colaboraciones de investigadores provenientes de la etnohistoria y la arqueología, dos enfocadas en el período colonial y dos en períodos inmediatamente previos. En conjunto, aportan una aguda reflexión sobre la relevancia de los así llamados “sistemas de representación” para comprender el mundo andino.

El primer artículo se inscribe dentro de una estrategia de investigación de largo plazo de José Luis Martínez, tendiente a erigir al estudio de los sistemas de registro y de comunicación como una alternativa a los documentos escritos para entender el pensamiento andino. Su foco de interés en este artículo es el arte rupestre del período colonial. Durante los últimos veinte años se han reportado muchos sitios con manifestaciones de esta época a través de los Andes. La originalidad del trabajo de Martínez es que los analiza como sistemas de representación que responden a los cambios experimentados por las sociedades andinas con motivo de la conquista y dominación española. Sostiene que el arte rupestre no fue percibido por las autoridades peninsulares como un sistema para expresar y circular imágenes, significados y pensamientos, por lo que su práctica no fue objeto de represión. Esto permitió que funcionara al margen de los sistemas de registro y comunicación europeos, tales como la escritura. Dado que la propuesta es clave para quienes se ocupan del estudio del arte rupestre prehispánico, invitamos a tres arqueólogos a debatir estas ideas.

El trabajo de Manuel Lizárraga está en una línea similar al anterior. Toma los vasos de madera o *queros* del período pretoledano para analizarlos como artefactos de la memoria. Sostiene que, si bien estos “*queros* de la transición” dejaron atrás los diseños geométricos abstractos de la época incaica, para incorporar significantes visuales más figurativos y policromos, continuaron estrechamente relacionados con la ideología de las élites cusqueñas. En este sentido, no habrían sido repositorios de una memoria colectiva andina colonial, sino de las competitivas *panacas* que sobrevivieron al colapso del *Tawantinsuyu*. Según el autor, los estímulos visuales para estos cambios iconográficos se habrían originado en la pintura europea del *Cinquecento*, pero habrían estado vinculados al imperativo de estas élites de continuar expresando sus “ritos del pasado” en el nuevo contexto colonial.

A continuación, Pablo Mignone nos entrega una provocativa visión del ritual de la *capacocha* del Lullaillaco, un volcán que se halla en la Provincia de Salta, Argentina, prácticamente en

el límite con Chile. Partiendo de una clasificación de las ofrendas inkaicas recuperadas en esa cumbre en 1999 y de una interpretación de su significado, el autor cuestiona la idea de que estos rituales hayan sido producto de una exclusiva injerencia estatal dentro del marco de una férrea e intransigente dominación política. Mignone busca cambiar el eje de la discusión sobre esta clase de rituales desde la consabida predominancia cusqueña a una preocupación por sus contenidos mentales extrapolíticos, relacionándolos con la comunidad local, su vida y prácticas vernáculas. Así, el artículo toma distancia de las interpretaciones prevalecientes sobre este particular en la arqueología de montaña, ofreciendo una nueva perspectiva sobre los adoratorios de altura, mirada que está en línea, por lo demás, con recientes aproximaciones acerca de la naturaleza de la presencia inkaica en estos espacios meridionales.

El viejo concepto de estilo continúa ofreciendo aproximaciones interesantes para el estudio de las sociedades andinas prehispánicas. Tal es el caso del artículo de Marina Marchegiani, Valeria Palamarczuk y Alejandra Reynoso, que cierra este número del *Boletín*, quienes analizan un conjunto de 43 urnas de cerámica de Estilo Negro sobre Rojo provenientes principalmente del valle de Yocavil, Noroeste Argentino, advirtiendo una combinación de elementos propios tanto del Estilo Santa María como del Belén. Valiéndose de un análisis estilístico, pero complementándolo con uno contextual, las autoras exploran las dinámicas culturales que hubo detrás de esta combinación de elementos. Como las urnas en cuestión se ubican cronológicamente desde momentos inmediatamente previos a la presencia inkaica efectiva en este territorio hasta los primeros momentos de la conquista española, el estudio permite reflexionar sobre la dinámica de la expansión de los inkas en los Andes del sur. Los resultados de esta investigación conducen a las autoras a proponer que las transformaciones verificadas en las sociedades involucradas en el proceso expansivo habrían empezado a producirse no durante el dominio efectivo de los inkas, sino con antelación al arribo de los primeros funcionarios y representantes del *Tawantinsuyu*.